

samblan: la época que muere se prolonga en la que nace, y ésta se afianza en aquélla, y así hay un punto que no es de ninguna de las dos y es de ambas, y los poetas que viven entonces tienen, como el Honorio monje de *El Drama Universal*, dos almas metidas en el cuerpo.

En España, castigada más dura y más largamente que otras naciones por la tradición, este estado se prolongó en demasía. Sin duda es más fácil calumniar á un siglo que tomarse la molestia de estudiarlo; y erigido esto en sistema, multitud de ingenios se esterilizaron en tan deplorable trabajo. Con gran conocimiento del mal, escribía el Sr. Pérez del Camino, ilustre cuanto infortunado literato:

Aspira, en fin, de sabio á la alta gloria,
Si aspiras de poeta á la alta fama.

Menguado concepto revela tener formado de la personalidad del poeta M. Quesnel, cuando, á propósito de esas dos creencias que acerca de su misión existen, y que se expresan con los vocablos *vate* y *trovador*, dice:

«En el principio de las sociedades pudo el poeta ser efectivamente el primer sabio, el primer filósofo de la humanidad; pero después no ha hecho otra cosa, fuera de su dominio eterno, que es el sentimiento y la pasión, que *celebrar* en verso las ideas corrientes de su época.»

Protesto de esta afirmación arbitraria, que reduce al poeta á la condición de esos oradores de banquete que, llegados los postres, manifiestan el agradecimiento de su estómago, calumniando al anfitrión con los más extravagantes epítetos. No: no necesita la ciencia que un individuo la fie y garantice, que antes ella garantiza y fia á los individuos, y los escuda con su autoridad irrecusable: lo que sucede es que hay en el campo de la ciencia un inmenso caudal de elementos poéticos aprovechable; y el nivel intelectual, elevándose constantemente, impone al poeta la necesidad de acompañarlo en su ascenso, so pena de dejarlo petrificado en las profundidades del océano; aunque sin exigirle por esto una omnisciencia hoy más que nunca imposible, dada la extensión de los humanos conocimientos.

Tan cierto es esto, que creo pueda atribuirse la decadencia de nuestra lírica, de que tanto se preocupan los críticos extranjeros, á esa timidez y prevención con que nuestros poetas acogieron las tendencias de la época; á esa repugnancia que mostraron á asociarse á ella, cuando debieron contribuir con sus intuiciones á encauzarla y dirigirla.

La excesiva confianza en la potencia creadora, resabio quizá, como piensa el Sr. Alonso Martínez, de las doctrinas de Fichte, hizoles olvidar aquella máxima de Bacon: «El genio necesita plomo,» y así crearon un mundo aparte de la realidad, marcándose entre ellos y el siglo la separación y el divorcio. Retrasados en el camino, pronto hablaron una lengua muerta para sus contemporáneos, y éstos y el poeta se desconocieron mutuamente; la poesía tomó un tinte amenerado y monótono, y el sobrado apego á lo clásico contribuyó á momificarla. El cadáver galvanizado no engañó entonces con las apariencias de la vida, y la comunión de ideas entre los poetas y el siglo quedó rota casi por completo.

Entonces, en la lucha por la existencia, y por esa fatalidad implacable, en virtud de la cual muchas veces un organismo deficiente más trabaja para su ruina cuanto más por su salvación se esfuerza, se marcaron entre los poetas dos tendencias igualmente suicidas. Una, la de los que pusieron sus ideas y sentimientos en contraposición á los del siglo: caracteres de una pieza que murieron de inanición por asco á los guisos de la moderna cocina, y cuya autopsia descubrió un jugo gástrico de primer orden, que había preferido atacar las propias paredes de la cavidad que lo contenía, antes que ejercer sobre ningún alimento extraño su extraordinaria potencia digesti-

va. Otra, la de los que renunciando á hacer resaltar su personalidad poética, copiaron con más ó menos fortuna cuanto impresionaba sus sentidos, dedicándose á esa poesía puramente descriptiva, indicio siempre de decadencia; y así en éstos descubrió la autopsia una debilidad pertinaz que devolvía los alimentos á la naturaleza sin cambios ni modificaciones, en el propio modo y forma que de ella los había recibido.

Alejados de las épicas luchas de nuestro tiempo, el siglo se apartó de ellos. Éstos le increparon por sus extravíos; aquél les volvió la espalda por ignorantes. Zorrilla derrochó un tesoro de inspiración en reunir las ruinas de un mundo, y al ir á construir con ellas, los escombros se convirtieron en polvo. Los que cantaron la naturaleza no llegaron á Garcilaso; los que expresaron sus sentimientos no sobrepusieron á Jorge Manrique; y de todos modos, los tiempos habían cambiado, y ya se decía á los primeros que la contemplación era buena cosa para la India, y á los segundos, que no había motivo para tanto.

Quien más directamente ha sufrido la influencia de estos errores ha sido nuestra juventud, esa juventud que ebria de vida sólo ansía ideales para ejercitarse en su persecución. Encontrándose huérfana, el prematuro hastío ha lanzado á muchas inteligencias sin suficiente lastre en el más desconsolador escepticismo.

La literatura, siguiendo esa marcha fluctuante é indecisa, ocasiona una paralización muy semejante á la muerte. Teniendo enfrente un porvenir preñado de necesidades, todos los jóvenes se preguntan dónde van, y pocos pueden responderse. Se hallan en la situación de unos labradores que habiéndose levantado temprano para dedicarse á sus tareas, encontrasen su heredad inundada por el torrente; el aturdimiento se apodera de todos, y caminando á oscuras, al que acierta se le ensalza, y se vitupera al que yerra, cuando ambos han obrado en la misma inconsciencia; al ver su turbación, el ángel del progreso debe llorar entre los brazos del tiempo. Faltos de la atracción del porvenir, se imponen las pasiones del momento: esas pasiones que aun exacerban algunos escritores con los engendros de una musa torpe, desenvuelta como la cortesana, y desgreñada y ronca como la meretriz.

Como, según la ingeniosa expresión del doctor Letamendi, cuando las cosas no pueden hallarse peor es cuando están más cerca de mejora, la escuela de Campoamor ha venido á señalar un punto fijo para el porvenir, diciendo á la juventud: «¡Allí!»; ha reconciliado al siglo con los poetas; combatiendo la altisonancia del pretendido lenguaje poético, ha hecho su nombre popular y su poesía á todos asequible; desterrando lo superfluo ha logrado atraer la atención de una época que tiende más á la *intensión* que á la extensión en toda cosa; y hablando con imágenes ha abierto á la poesía los horizontes de la ciencia, desde el hecho particular á la más alta abstracción metafísica, horizontes antes sólo explorados por la soporífera poesía docente, que si según M. Quesnel era imitación de la francesa del siglo XVIII, ésta era á su vez trasunto del modo como los griegos popularizaban sus ciencias y sus leyes.

Así dice M. Quesnel:

«..... Ha sido (Campoamor) para nuestros vecinos lo que ellos llaman un *asombro*, es decir, algo que deja estupefacto, algo formidable y maravilloso. Jamás habían oído nada semejante, ellos, cuyos poetas líricos parece que han escrito las más de las veces letra para música de clarinete, de castañuelas ó de guitarra.»

Puede elogiarse á un hombre directamente, ó de un modo indirecto, desprestigiando á los que le rodean, para que el contraste resulte; y M. Quesnel elige esta vez ese camino, en el que no puedo seguirle. Sin negar que tienen las últimas palabras que transcribo una cierta médula de verdad, inspirada sin duda en Taine que creía muerta á nuestra literatura desde el siglo XVII: no pueden ser aceptadas en toda su integridad. Lo que sucede es que mientras los demás poetas

cantaban sin norma ni rumbo las impresiones del momento, Campoamor se ha subordinado á una idea constante, atento siempre á que un artista serio no debe perder de vista ese severo día siguiente de que habla M. de Sainte-Beuve.

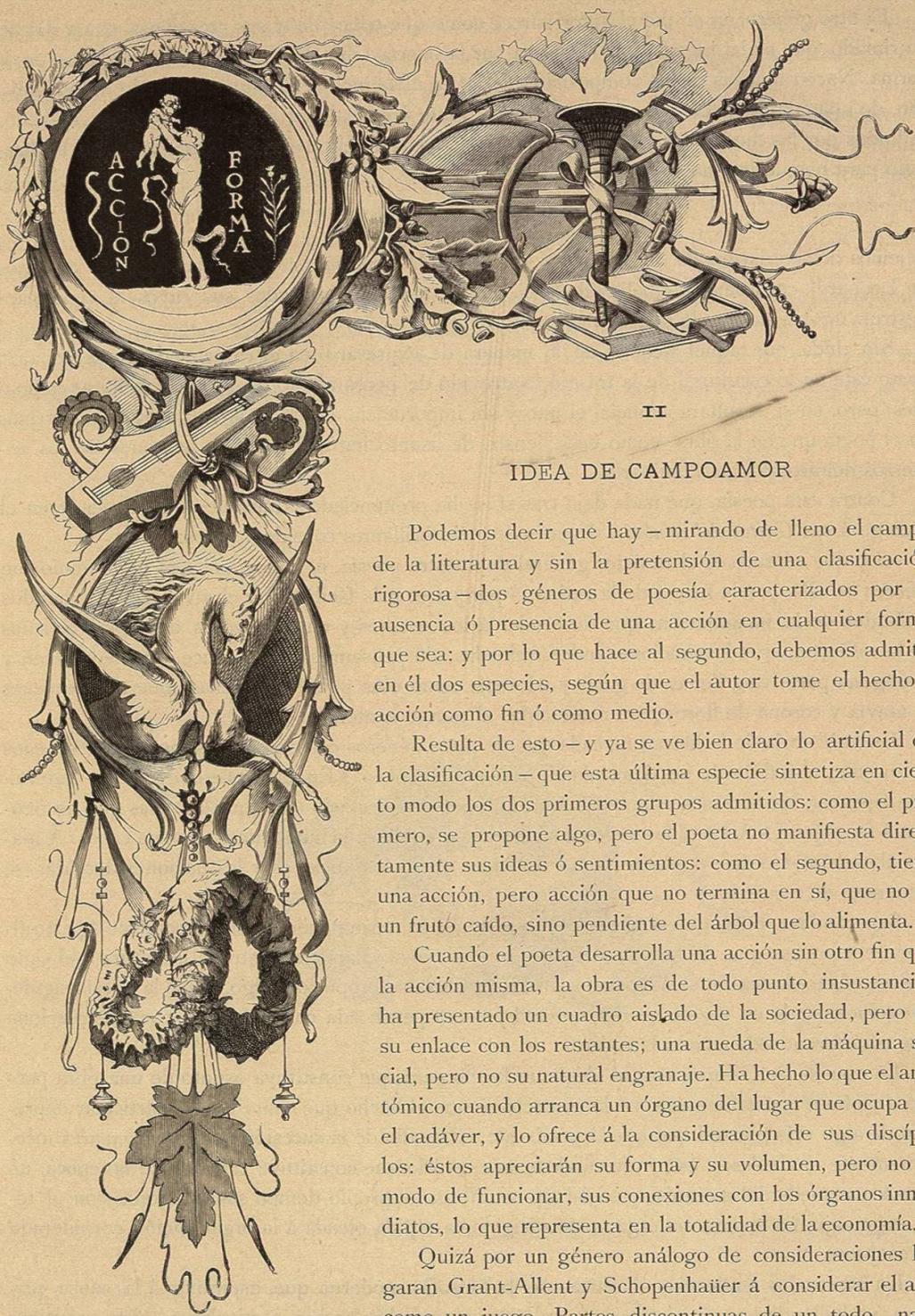
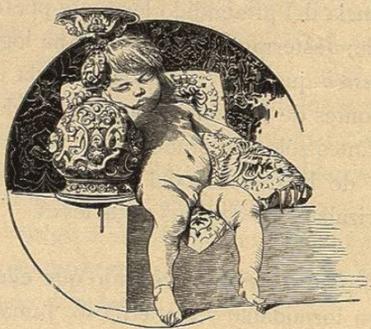
Por otra parte, hay que convenir en que es de vidrio el tejado de quien nos apedrea: el gran Musset, mal contento con su época, no llegó á afirmar nada; Lamartine fué un poeta completamente incoloro; y no quiero ocuparme de Víctor Hugo, porque cada nación va, por decirlo así, encarrilada en la inercia con que la arrastra su historia, y á este modo de ser especial ha respondido la poesía de Víctor Hugo, que no seguramente á lo que es y debe ser el arte en los actuales momentos.

Habiendo atribuído la decadencia de nuestra lírica á la pereza y repugnancia que los poetas mostraron para seguir á la humanidad en el actual período de su marcha evolutiva, claramente se comprende que creo se debe el relieve con que la personalidad de Campoamor se ofrece, á que no ha habido rincón asequible al pensamiento humano que no haya sido objeto, por su parte, de una mirada escrutadora; y en este particular veo con gusto que mi opinión coincide con la de M. Quesnel, que se expresa de este modo:

«..... En el momento en que España comenzaba á iniciarse en este ideal (el ideal moderno), tan nuevo para ella, le era necesario un poeta salido del alambique de las ciencias positivas. Biólogo, fisiólogo, anatómico, y sobre todo químico, por pasión, estaba Campoamor, mejor que otro alguno, en situación de expresar las preocupaciones dominantes del espíritu moderno; su corazón, naturalmente tierno, estaba hecho para darles el acento humano.»

Y más adelante:

«..... La gloria de Campoamor es grande, por ser la de un representante, la de una encarnación poética de la fase más grande que ha habido en la evolución de la humanidad. Con este título su nombre quedará indudablemente en la historia, y sus obras en los archivos literarios de España.»



II

IDEA DE CAMPOAMOR

Podemos decir que hay — mirando de lleno el campo de la literatura y sin la pretensión de una clasificación rigurosa — dos géneros de poesía caracterizados por la ausencia ó presencia de una acción en cualquier forma que sea: y por lo que hace al segundo, debemos admitir en él dos especies, según que el autor tome el hecho ó acción como fin ó como medio.

Resulta de esto — y ya se ve bien claro lo artificial de la clasificación — que esta última especie sintetiza en cierto modo los dos primeros grupos admitidos: como el primero, se propone algo, pero el poeta no manifiesta directamente sus ideas ó sentimientos: como el segundo, tiene una acción, pero acción que no termina en sí, que no es un fruto caído, sino pendiente del árbol que lo alimenta.

Cuando el poeta desarrolla una acción sin otro fin que la acción misma, la obra es de todo punto insustancial, ha presentado un cuadro aislado de la sociedad, pero no su enlace con los restantes; una rueda de la máquina social, pero no su natural engranaje. Ha hecho lo que el anatómico cuando arranca un órgano del lugar que ocupa en el cadáver, y lo ofrece á la consideración de sus discípulos: éstos apreciarán su forma y su volumen, pero no su modo de funcionar, sus conexiones con los órganos inmediatos, lo que representa en la totalidad de la economía.

Quizá por un género análogo de consideraciones llegaran Grant-Allent y Schopenhauer á considerar el arte como un juego. Partes discontinuas de un todo, nada

puede construirse con ellas, en tanto que no se piense en el adecuado material que las enlace; su reunión no podrá nunca formar un edificio, sino á lo sumo una colección mineralógica.